

# *Aborígenes de Cuba.*

## *Problemas y posibilidades de estudio*

E. ALEKSANDRENKOV

La necesidad del estudio de los indígenas de Cuba, de su historia y cultura se considera en primer lugar porque el pasado indio de la isla es una parte inalienable de la historia del país y como tal está sujeto a la investigación al igual que otros períodos.

El estudio de Cuba está estrechamente vinculado con el estudio de la población aborígen de otras islas antillanas, entre las cuales la posición clave la ocupa el Haití antiguo.

En Europa el interés hacia las antigüedades antillanas y etnografía indígena estaba relacionado con el crecimiento general de los estudios de los pueblos no europeos. Desde mediados del siglo XIX en diferentes países de Europa, en primer lugar en los que tenían sus colonias en las Antillas, y más tarde en las mismas islas, aparecen trabajos sobre los aborígenes de las Antillas y tierras vecinas de los tiempos del descubrimiento y de la conquista. Como fuentes para tales estudios servían casi exclusivamente las relaciones de los conquistadores y viajeros de los siglos XV-XVII. En la segunda mitad del XIX se acumula también el material arqueológico —a través de los coleccionistas de antigüedades aficionados—. A principios del XX empieza una investigación arqueológica más planificada. Durante largo tiempo los esquemas arqueológicos se basaban preferencialmente sobre las fuentes escritas en las que se buscaba la confirmación de los materiales arqueológicos. Al principio eso se lograba sin mayores dificultades y contradicciones. Esta situación era característica también para Cuba.

Hay que decir que cuando los investigadores se dirigieron al pasado indígena de Cuba, ya la isla no tenía sus aborígenes; aquéllos perecieron en los primeros decenios de la conquista y colonización europea o fueron asimilados más tarde. Sólo en Oriente, en algunas partes, quedaban unos pocos descendientes ya sin lengua y cultura

antiguas. El interés hacia el estudio del pasado indígena de la isla se estimulaba, de alguna manera, por el crecimiento, a mediados del XIX, de las luchas por la independencia y por la búsqueda de las fuentes de lo cubano que no tenían relación con España<sup>1</sup>. Durante los años 70-80 del siglo XIX los estudios indigenistas en Cuba se realizaban dentro de la Sociedad Antropológica de Cuba, fundada por Luis Montané en 1877. En ésta se discutió particularmente la presencia en Cuba de los caribes, así como el asunto de la antropofagia de los mismos<sup>2</sup>. Como base de la discusión servían las noticias de las fuentes escritas. Las investigaciones arqueológicas eran muy escasas e imperfectas metodológicamente. A principios del XX Luis Montané emprendió el primer intento de estudio antropológico de los descendientes de los aborígenes en el Oriente, llamando la atención sobre la conservación en Cuba de algunos rasgos indígenas a través del mestizaje<sup>3</sup>.

En 1913 L. Montané y José Cosculluela realizaron las primeras excavaciones en Cuba, donde se destacó la importancia de la estratigrafía de sitio. Después de sus trabajos y de las investigaciones del arqueólogo norteamericano Marc Harrington, que practicó excavaciones en diferentes partes de Cuba, se formó la idea de dos etapas mayores del período precolombino de la historia de la isla, que se seleccionaron a base de la presencia o ausencia de la cerámica. Se revelaron también algunas diferencias físicas entre los portadores de los complejos «preceramistas» y ceramistas: los cráneos de los «preceramistas» no tenían huellas de la deformación artificial, mientras que para los de los «ceramistas» era obligatoria. Las denominaciones de las «culturas» arqueológicas habían sido sacadas de las fuentes escritas. La población más antigua recibió el nombre «Siboney»; la más tardía, «Taíno»<sup>4</sup>.

Desde los años 30 el desarrollo de la arqueología de campo y el descubrimiento de nuevos sitios condujeron a la revisión de este esquema, que se subdividió en varias partes. Ocurría que a una cultura arqueológica nombrada por los etnónimos tomados de las fuentes escritas, diferentes autores le atribuían un conjunto diferente de sitios; y, al revés, los mismos sitios se colocaban dentro de diferentes culturas por diferentes autores. Era evidente la imposibilidad de aco-

---

<sup>1</sup> F. Ortiz, La música y los areítos de los indios de Cuba. *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, 1948, núms. 6-7, pp. 187-189.

<sup>2</sup> *Actas. Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. Compilación, prólogo e índices por M. Rivero de la Calle, La Habana, 1966, pp. 177-181; M. Sanguily, *Los caribes y Colón*, La Habana, 1927.

<sup>3</sup> A. Mestre, *Montané en la antropología cubana*, La Habana, 1938, p. 18.

<sup>4</sup> J. A. Cosculluela, *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, La Habana, 1965, pp. 81-103; M. R. Harrington, *Cuba before Columbus*, Nueva York, 1921, parte I, vols. 1-2.

gerse a los etnónimos históricamente conocidos al clasificar las culturas arqueológicas, así como la necesidad del desarrollo de otros criterios para tal clasificación. Los arqueólogos cubanos aceptaron un esquema elaborado por el norteamericano Irving Rouse, destacado especialista en la historia antigua de las Antillas. I. Rouse separó dos «aspectos» de la cultura preceramista Siboney y dos culturas ceramistas: una más desarrollada y más tardía en su origen se llamó Taína; otra, más arcaica y más antigua por el tiempo de su formación, Subtaína (I. Rouse en este caso utilizó la terminología del estudioso sueco Sven Lovén<sup>5</sup>). De esa manera el propio I. Rouse, que tenía una rica experiencia de las investigaciones en las Antillas y en Cuba particularmente, no tuvo el ánimo de apartarse definitivamente de la información de las fuentes escritas. Sólo el fechamiento por medio de C-14 y la profundización considerable de la escala temporal de la historia antigua de las Antillas y de Cuba en los años 60-70 demostraron claramente las limitaciones del uso de las fuentes escritas.

Las tentativas de reconstruir las relaciones sociales y la vida espiritual de los aborígenes de Cuba se emprendieron más de una vez desde la segunda mitad de los años 30. Como propulsor de estos trabajos hay que considerar a Fernando Ortiz, que fue quien definió con claridad los problemas del estudio del pasado indígena de las Antillas y de Cuba. Escribía que todavía no se conocía la «posición etnográfica» de los aborígenes de las Antillas en la estratificación cultural de la humanidad y que estaban insuficientemente descritas y estudiadas las relaciones familiares de la sociedad de los indígenas cubanos. F. Ortiz era partidario del estudio complejo y proponía investigar la historia, la religión, las tradiciones, las costumbres, el arte y la artesanía, así como la composición étnica y los orígenes de diversos grupos<sup>6</sup>. La influencia de F. Ortiz encaminó a otros autores cubanos hacia los problemas por él planteados<sup>7</sup>.

En 1940-1950 se estudia con éxito la historia colonial de los indígenas de Cuba, y se hacen patentes los problemas de aquel período. Antes de nada hay que mencionar algunos trabajos sobre la lucha de los aborígenes contra los colonizadores<sup>8</sup>; se investigaron varias fuen-

<sup>5</sup> S. Lovén, *Origins of the Tainan culture, West Indies*, Göteborg, 1935; I. Rouse, *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*, New Haven, London, 1942.

<sup>6</sup> F. Ortiz, *Historia de la arqueología indocubana*, La Habana, 1936, pp. 39-40, 268-271, 275-277.

<sup>7</sup> R. Azcárate Rosell, *Historia de los indios de Cuba*, La Habana, 1937; R. Agramonte, *Los indios de Cuba: aspecto sociológico*, La Habana, 1937; E. Entralgo, *Esquema de sociología indocubana. Revista Bimestre Cubana*, 1937, vol. 39, núm. 1 y otros.

<sup>8</sup> O. Patiño Morales, *La rebeldía de los indocubanos*, La Habana, 1946; J. Castellanos, *Crónica de la rebeldía de los indios cubanos (1520-1550)*. Separata de Universidad de La Habana, 1959, núms. 136-141.

tes escritas<sup>9</sup> y el sistema colonial de la explotación del indio<sup>10</sup>. Los arqueólogos daban los primeros pasos en la interpretación de los poblados indios del período colonial temprano<sup>11</sup>.

Después del triunfo de la Revolución en 1959, la arqueología cobró un desarrollo intenso. Se excavaron y se fecharon sitios nuevos, lo que permitió atrasar considerablemente el tiempo de la aparición del hombre en la isla. De los logros metodológicos hay que indicar el siguiente: los investigadores soviéticos T. Popova y E. Fradkin, y más tarde el arqueólogo cubano Ramón Dacal, por primera vez realizaron el análisis funcional de los artefactos con ayuda del método trazológico<sup>12</sup>. Este paso es de mucha importancia porque entre los objetos cubanos (y antillanos) hay algunos que no tienen analogías con los del Viejo Mundo y la finalidad de los mismos, hasta ahora, está definida sólo tentativamente.

El arqueólogo polaco Janush Kozlowsky, después de estudiar las colecciones de los artefactos de sílex, presentó una clasificación pormenorizada de ellos y a base de ésta revisó la secuencia de las culturas arqueológicas elaborada por I. Rouse y aceptada por otros investigadores de la historia antigua de las Antillas<sup>13</sup>. Un intento de reconstruir las relaciones sociales en todo su conjunto, a base de combinar los materiales arqueológicos y los de las fuentes escritas, lo hicieron los cubanos: el arqueólogo Ernesto Tabío y la historiadora Estrella Rey. Era una primera experiencia del análisis marxista de los conocimientos sobre los indígenas cubanos seguida después por José Guarch<sup>14</sup>. El estudio antropológico de los aborígenes lo realizaba Manuel Rivero de la Calle<sup>15</sup>. Un extenso ensayo sobre el mismo tema ha publicado el antropólogo soviético V. V. Guinsburg<sup>16</sup>.

<sup>9</sup> F. Ortiz, prólogo a: L. Hanke, *Bartolomé de las Casas, pensador político, historiador, antropólogo*, La Habana, 1949.

<sup>10</sup> J. M. Chacón y Calvo, *La experiencia del indio*, Madrid, 1934; *La encomienda indiana*, La Habana, 1945.

<sup>11</sup> O. Morales Patiño y R. Pérez de Acevedo, El período de transculturación indohispánico. *Revista de Arqueología y Etnología*, 1946, núm. 1, pp. 5-36.

<sup>12</sup> T. Popova y E. Fradkin, *Antiguas culturas de Cuba*. Museo de Antropología y Etnografía, t. 24, 1967 (en ruso); R. Dacal, *Método experimental para el estudio de artefactos líticos de culturas antillanas precerámicas*, Antropológica, La Habana, 1968, núm. 1.

<sup>13</sup> J. K. Kozlowski, *Preceramic cultures in the Caribbean*, Warszawa, Krakow, 1974; ídem, Chipped flint industries of Neo Indian cultures in the Greater Antilles. En: *Polish contributions in New World archaeology*, Krakow, 1977, pp. 59-85.

<sup>14</sup> E. E. Tabío y E. Rey, *Prehistoria de Cuba*, 2.ª ed., La Habana, 1979; J. Guarch, *El taíno de Cuba*, La Habana, 1978.

<sup>15</sup> M. Rivero de la Calle, La estatura de los aborígenes de Cuba del grupo preceramistas. *Universidad de La Habana*, 1969, núm. 194, pp. 35-49; ídem, Estudio de la calvaria taina hallada por Rodríguez Ferrer en 1847, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1978, núm. 2, pp. 89-116, etc.

<sup>16</sup> V. Guinsburg, *Característica antropológica de los habitantes antiguos de Cuba*, Museo de Antropología y Etnología, t. 24, 1967 (en ruso).

Podemos decir que alguna de estas cuestiones está relacionada con la historia preescrita de los indígenas de Cuba y se resuelve principalmente con los datos arqueológicos. La primera de ellas es la definición del lugar de procedencia de la población más antigua. Nuevos hallazgos en Cuba e islas vecinas obligan periódicamente a revisar la imagen elaborada antes. Hasta ahora de Cuba proviene el fechado más antiguo de las Antillas. La muestra de la capa VII, que no era la más baja, del sitio Levisa-I se remonta al 3190 antes de nuestra era. En éste y en otros sitios de Cuba más antiguos (así como los de Haití) es propia la industria de sílex con una elaboración técnica de láminas. Sin embargo, en las regiones adyacentes a la cuenca caribe no se encuentran sitios con artefactos de este género<sup>17</sup>.

Los habitantes más antiguos de la isla eran cazadores, pescadores y recolectores. Sin embargo, en sitios diferentes la utilización de los instrumentos no era igual. Se observan las diferencias regionales y, en mayor medida, temporales: con el tiempo crece la cantidad de los artefactos hechos de concha, tanto instrumentos (percutores, azuelas, raspadores, gubias) como otros objetos («cucharas», «platos», etc.). El problema está en resolver si los cambios observados se deben a la llegada de nuevos grupos humanos desde el continente, donde se han encontrado algunos objetos parecidos, o son resultado de la gradual adaptación al medio por parte de los primeros inmigrantes que lograron apreciar las propiedades de los materiales locales.

La más clara es la ruta de penetración a Cuba de los portadores de la cultura arqueológica Carnero —los sitios semejantes están presentes en Venezuela, en las islas de Trinidad, Santo Tomás, Puerto Rico y Haití—. En Cuba los sitios de esta cultura son los más numerosos dejados por la población preagrícola de esta isla. Con una frecuencia particular se encuentran en la costa sur del Camagüey, en el curso bajo del río Cauto, así como en las islas frente a la costa norte de Cuba. Para los materiales de esta cultura es propia la combinación de instrumentos retocados en pequeñas lascas de sílex y varios objetos de piedra muchas veces muy bien ejecutados<sup>18</sup>.

La población agrícola apareció en la isla supuestamente a principios del siglo IX<sup>19</sup>. No hay duda de que llegó de la parte occidental de Haití, pero una localización más precisa se dificulta por varios factores: un reconocimiento débil de las zonas posibles del éxodo y un conocimiento incompleto de los sitios cubanos correspondientes al período inicial de la difusión de la población agrícola en Cuba. Por eso no se

<sup>17</sup> J. K. Kozłowski, Chipped flint industries...

<sup>18</sup> B. Utset, Exploraciones arqueológicas en la región sur de Oriente. *Revista de Arqueología y Etnología*, 1951, núms. 13-14; E. E. Tabío y E. Rey, *Prehistoria de Cuba*, pp. 53-73; J. K. Kozłowski, Pre-ceramic cultures..., pp. 86-95.

<sup>19</sup> E. E. Tabío y E. Rey, *Prehistoria de Cuba*, p. 147, 210.

puede todavía afirmar con seguridad que tal o cual sitio, o el tipo de sitios agrícolas de Cuba, son primarios, y es necesario buscar los sitios semejantes en la isla vecina. Además, juzgando por las noticias históricas, el traslado de los grupos de unas islas a otras podía tener un carácter continuo, que hace difícil para un investigador contemporáneo separar las tradiciones del desarrollo local (con las raíces comunes para Cuba y Haití) de las influencias inmediatas de los grupos haitianos. Los intrusos más tardíos de la época precolonial se localizan en la zona de Guantánamo-Maisí-Baracoa, donde, como demostró J. Guarch, ocuparon las tierras no utilizadas por los agricultores más tempranos. Este autor destacó que la cerámica de los asentamientos más orientales («taínos») de Cuba no muestra su evolución dentro del mismo sitio, aunque es posible observar las diferencias en la cerámica de diferentes asentamientos. Este hecho se explica por el movimiento rápido de los «taínos» dentro del territorio cubano en busca de nuevas tierras fértiles<sup>20</sup>.

Una de las particularidades del estudio de la historia antigua de Cuba, como de las Antillas, es la no elaboración del concepto de «cultura arqueológica». La causa puede encontrarse en que, en realidad, no se han hallado los complejos repetidos de los materiales que podrían ser unidos en «culturas». A la par de esto los esquemas arqueológicos se basaban en material insuficiente. Como se dijo anteriormente, los sitios ya conocidos y los que aparecían los trataron de ubicar bajo los pocos etnónimos. La atención de los arqueólogos no estaba dirigida especialmente hacia la separación de las culturas arqueológicas. Si en la literatura especializada se encontraba la noción «cultura arqueológica», se utilizaba más bien para la categorización de ciertos fenómenos temporales o estadiales que para establecer diferencias regional-temporales, con las que se pudiera, a fin de cuentas, correlacionar los etnos definidos.

Actualmente los sitios arqueológicos cubanos del período agrícola se distribuyen entre dos culturas —Taína y Subtaína—. En los años 40 el arqueólogo cubano René Herrera Fritot había localizado en Cuba más de seis culturas ceramistas a base de los detalles de ornamentación y de las técnicas de modelación. Este investigador indicó los siguientes sitios más representativos que, según su opinión, diferían entre sí: Pueblo Viejo (municipio Baracoa), Potrero del Mango (Banes), Santa María-2 (Puerto Padre), Yayal (Holguín), Manzanillo (actualmente provincia Granma), Cantabria (Cienfuegos) y otros (no nombrados). Según R. Herrera Fritot, la cerámica de estos sitios tiene, en algunos casos, diferencias incluso más grandes que las que se observaban entre las cerámicas taína y subtaína. El propio R. Herrera

---

<sup>20</sup> J. Guarch, *El taíno de Cuba*, pp. 129-131.

Fritot, sin embargo, estaba categóricamente en contra de tal desmembración<sup>21</sup>.

Por medios arqueológicos se puede tratar de definir si no los límites por lo menos los centros o concentraciones de los grupos de sitios. La prueba, bastante convincente, la hizo I. Rouse sobre un terreno limitado (uno de los más poblados de Cuba), las colinas de Maniabón. En esta zona I. Rouse logró separar varias de las poblaciones más grandes de los agricultores y correlacionarlas con las «capitales» de los cacicazgos indios de finales del siglo xv-principios del xvi, nombrados por las fuentes escritas<sup>22</sup>.

Las relaciones de los europeos dejaron noticias de diferente valor sobre las diferencias en el idioma de los indígenas cubanos del xv-xvi y algunos etnónimos. La dificultad de la reconstrucción del mapa étnico de la isla en el momento de su colonización por los españoles se encuentra no sólo en la insuficiente investigación arqueológica de la isla, sino también en el estudio incompleto de las fuentes escritas (o en la conjugación débil de estos dos géneros de fuentes). Hay dificultades objetivas para la correlación del material arqueológico con las unidades étnicas de la sociedad preclasista.

Pero se puede hacer un intento de reconstruir el mapa étnico de la isla en rasgos generales. La población preagrícola en el occidente se conservó hasta finales del siglo xv. Se puede decir con seguridad que los cazadores, pescadores y recolectores en aquellos tiempos habitaban el territorio de las provincias actuales de Habana y Pinar del Río. Un intérprete, indio de las Bahamas, que anteriormente conversó con los moradores de las regiones más orientales de Cuba no logró entender a los del occidente en la segunda navegación de Colón: estos aborígenes occidentales tenían una lengua diferente de la de los agricultores de las zonas del oriente. Las fuentes escritas conservaron el nombre de la población que ocupaba el término más occidental: guanahatabibes o guanahacabeyes<sup>23</sup>.

Más difícil es orientarse en la situación de las regiones centrales y orientales. Los agricultores poblaron el oriente, mientras algunos grupos de ellos avanzaron considerablemente al occidente. Un grupo de sitios con cerámica se encontró en la costa norte cerca de Matanzas; hay noticias también sobre un sitio más al occidente todavía, pero

<sup>21</sup> R. Herrera Fritot y Ch. Leroy Youmans, *La Caleta, joya arqueológica antillana*, La Habana, 1946, pp. 51-52.

<sup>22</sup> I. Rouse, *Archaeology...*, pp. 153-158.

<sup>23</sup> P. Martyr d'Anghera, *De Orbe Novo*, Nueva York y Londres, 1912, vol. 1, pp. 100, 259, 300; D. de Velázquez, Relación o extracto de una carta. En: *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas de América y Oceanía*, Madrid, 1869, t. XI, pp. 424-425; Memorial sobre remedio de las Indias. En: *Colección de documentos inéditos...*, Madrid, 1891, 2.ª serie, t. 6, p. 7.

en la costa sur de la provincia de La Habana, no lejos de Batabanó<sup>24</sup>. Es probable que en el futuro nuevos hallazgos cambien nuestras ideas sobre los límites occidentales de la población agrícola de Cuba. Hasta ahora se puede afirmar que el movimiento primario de los grupos agricultores se realizaba a lo largo de la costa marítima.

No está clara la situación de la población preagrícola de las regiones centrales de la isla, que podía permanecer en las partes inútiles para el cultivo de las plantas, principalmente ciénagas de las costas sur y norte y los cayos del litoral. Arqueológicamente se percibió sólo una región donde dicha población supervivió hasta la llegada de los españoles. Fue localizada por el investigador cubano Bernardo Utset en la costa del golfo de Bacunayagua<sup>25</sup>. Sin embargo, no hay seguridad en los datos de B. Utset porque no están apoyados por el material gráfico en la publicación. A pesar de eso hay que tener en cuenta que el desplazamiento de la población preagrícola debía tener lugar no sólo desde las tierras útiles para la agricultura. Los conflictos tenían que surgir también en las zonas de caza y pesca, porque la población agrícola de Cuba, como la de las Antillas en totalidad, utilizaba ampliamente para su alimentación la carne de los mamíferos, aves, reptiles, así como diferentes seres marinos: peces, moluscos y otros.

En ningún caso las descripciones de las rutas de las expediciones españolas, por diferentes partes de las comarcas centrales de la isla (incluyendo donde, supuestamente, no había agricultores), mencionan las diferencias idiomáticas. Este hecho se puede explicar de varias maneras: los españoles no notaron tales diferencias; no las mencionaron; no las había. La última suposición nos parece más verosímil. En este caso se pueden plantear dos explicaciones: los antiguos cazadores, pescadores y recolectores sufrieron una influencia de los intrusos araucoparlantes y adoptaron su lengua; algunos grupos de los araucos dejaron la agricultura adaptándose a las condiciones locales.

Entre la población agrícola se pueden separar algunos grupos que podían ser las unidades étnicas autónomas. Los agricultores de la bahía de Matanzas, mencionados en las fuentes escritas y recientemente reconocidos arqueológicamente, se encontraban a una distancia considerable del otro grupo situado en la cuenca de la bahía de Jagua (actualmente Cienfuegos). Más al oriente y nororiente de Jagua los pue-

---

<sup>24</sup> M. Rivero de la Calle, E. Vento Canosa y O. Soles Cartaya, La cueva funeraria de las Cazuelas, Canimar, Matanzas, *Islas*, 1972, v. 41, pp. 55-80; E. Vento Canosa y R. Quintero, Cronología de los sitios arqueológicos del norte de Matanzas, *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, abril 1977, núm. 8 (15), pp. 31-37; A. Núñez Jiménez, *Cuba: dibujos rupestres*, La Habana-Lima, 1975, p. 104.

<sup>25</sup> B. Utset, Exploraciones arqueológicas en la región sur de Oriente, *Revista de Arqueología y Etnología*, 1951, núms. 13-14, pp. 101, 109.

blos de agricultores se mencionan en las fuentes escritas y se conocen arqueológicamente en varias zonas de las actuales provincias Sancti Spiritus y Ciego de Avila. Los pobladores de la provincia antigua Camagüey constituían, por lo visto, un grupo aparte que era independiente, por lo menos en relación a los vecinos orientales. Lo confirma el siguiente hecho. Después del ataque a los españoles en Bayamo, los indígenas se retiraron a Camagüey, pero los habitantes de esta provincia no los recibieron y aquéllos tuvieron que regresar a Bayamo<sup>26</sup>. Es probable que otra región independiente: las ya mencionadas colinas de Maniabón, zona de Baracoa-Maisí-Guantánamo, se defina como una zona específica por los arqueólogos.

Esto contradice las fuentes escritas. No contienen las noticias que indiquen directamente las diferencias de carácter étnico entre los habitantes de las zonas arriba propuestas. El único etnónimo conservado por las fuentes escritas para los agricultores de Cuba —a principios del xvi— es Siboney. La división expuesta por B. de las Casas (los naturales de Cuba llamados Siboneyes y los emigrantes de Haití) parece corresponder a la división, trazada por los arqueólogos, entre la cerámica de la zona de Baracoa-Maisí-Guantánamo y la de regiones hacia el occidente. Sin embargo, en ninguno de los relatos sobre los acontecimientos de Cuba hay alusiones a la incompreensión de los indios. Por lo visto, no es que los agricultores de Cuba hablaran dialectos cercanos, sino la misma lengua.

En el estudio de las diferencias lingüísticas regionales, particularmente entre las zonas ocupadas por la población preagrícola y agrícola, se puede tratar de aplicar los materiales toponímicos. Los topónimos indígenas se han conservado parcialmente hasta nuestros días. Una gran cantidad se encuentran en los documentos de la conquista y de la historia colonial. La labor sobre los topónimos indígenas fue empezada por Pichardo Moya, pero con un material limitado<sup>27</sup>.

Es interesante también investigar el problema de las interrelaciones de la población de diferentes regiones de Cuba y sus relaciones con la de otras islas y las tierras continentales vecinas, así como precisar el papel de tales relaciones en el desarrollo de las culturas locales. Sin duda, tenía lugar un intercambio entre las poblaciones costeras y las ubicadas más adentro, porque los artefactos de conchas marinas se encuentran casi en todos los sitios de preagricultores y agricultores. Como objeto de cambio podía servir también el sílex, que se encuentra en los asentamientos de diferentes épocas, aunque en varias escalas. El sistema del intercambio no queda claro todavía, pero algunos detalles

<sup>26</sup> B. de Las Casas, *Historia de las Indias*, México-Buenos Aires, 1951, t. 2, p. 532.

<sup>27</sup> F. Pichardo Moya, *Caverna, costa y meseta*, La Habana, 1945, pp. 48-49, 119-130.

de él se pueden ver en los primeros relatos de los españoles. De las notas del diario de Colón se deduce que las canoas indias salían al encuentro de las naves españolas cargadas ya con la mercancía lista para el cambio.

Frecuentemente se mencionaban los alimentos y ovillos de hilo de algodón. Los españoles notaron la gran movilidad de los habitantes de los Grandes Antillas. Según las palabras de uno de los cronistas, los indios volaban con las noticias dondequiera<sup>28</sup>. Tal movilidad condicionada por la existencia de los espacios acuáticos y de los medios de transporte (canoas) favorecía el conocimiento de los vecinos y permitía tener algunas ideas sobre las regiones más lejanas. Así, los moradores de Bahamas indicaron a Colón la ruta a Cuba, de donde, según ellos, venía el oro. A su vez los indígenas de la costa nororiental de Cuba, cuando eran preguntados sobre el oro, indicaban al oriente, en la dirección de Haití<sup>29</sup>. Se sabe también que entre los pobladores de Cuba y Bahamas se mantenía la creencia de que al norte de ellos se hallaba la fuente de la juventud<sup>30</sup>.

Hay algunas noticias también sobre los vínculos de los agricultores de la costa sur de Cuba con los habitantes de otras tierras. Durante la segunda navegación de Colón, uno de los caciques locales relató sus viajes a Haití, Jamaica y al occidente de Cuba (se puede interpretar el texto como al occidente fuera de Cuba), donde los caciques vestían como sacerdotes<sup>31</sup>. Todo el relato del indio en la exposición del autor español es demasiado elocuente e induce a sospechas. Pero precisamente detrás de la parte occidental de Cuba se encontraba la alta civilización de los mayas, no conocida en aquel momento por los españoles, donde realmente se usaban ropas largas. Hay otros hechos que indirectamente pueden hablar sobre las relaciones entre Cuba y Yucatán. En una de las cartas, el primer gobernador de Cuba, Diego de Velásquez, comunicó al emperador que a la isla venían los indios desde las islas occidentales<sup>32</sup>. Al occidente de Cuba se hallan solamente las islas a lo largo de Yucatán; los habitantes de estas islas tenían fama de mercaderes<sup>33</sup>.

Posteriormente, cuando los españoles visitaron la isla de Cozumel, se produjo un hecho muy curioso. Prendieron a un indio que les condujo hasta Cuba, pero el texto no aclara suficientemente si se

<sup>28</sup> B. de las Casas, *Historia...*, t. 2, p. 69.

<sup>29</sup> Cr. Colón, *Diario de navegación*, La Habana, 1961, pp. 68, 70, 71-72, 91, 98, 99, 116.

<sup>30</sup> P. Martyr d'Anghiera, *De Orbe Novo*, v. 2, pp. 293-294.

<sup>31</sup> B. de las Casas, *Historia...*, t. 1, p. 392; F. Colón, *Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1944, p. 151.

<sup>32</sup> D. de Velásquez, *Relación...*, p. 428.

<sup>33</sup> J. A. Sabloff, Old myths, new myths: the role of sea traders in the development of ancient Maya civilization. En: *The sea in the precolumbian world*, Washington, 1977, pp. 77-83.

trataba de un habitante de la isla maya o un fugitivo procedente de Cuba<sup>34</sup>.

Pero hasta ahora no se han encontrado las pruebas materiales de las relaciones entre los indígenas de Cuba y Yucatán.

Algunas cuestiones están relacionadas con el análisis del régimen social de los aborígenes de Cuba. Disponemos de pocos conocimientos que provengan de las fuentes escritas. Frecuentemente estas descripciones de las relaciones sociales tienen en cuenta a los indios de Cuba en general, y no a los de las regiones definidas. Casi no hay materiales sobre las relaciones familiares y gentilicias, comunales e intercomunales. De las fuentes escritas se deduce que a principios del siglo XVI en la isla existían diferentes formas de poblados. Las dimensiones de los mismos y de las viviendas también eran diferentes. Estos hechos permiten suponer que la composición de los colectivos que habitaban cabañas separadas y diferentes poblaciones podían ser desiguales numérica y también estructuralmente. Hay un testimonio directo de B. de las Casas al respecto: «En esta isla Española y en la de Cuba y en la de Sanct Juan, y Jamaica y las de los Lucayos, había infinitos pueblos, juntas las casas, y de muchos vecinos juntos de diversos linajes, puesto que de uno se pudieron haber muchas casas y barrios multiplicados»<sup>35</sup>.

En los documentos de la conquista de Cuba se puede encontrar la información sobre tres categorías sociales de los grupos indígenas: cacique, sus indios, sus naborías. Gonzalo Fernández de Oviedo, a mediados del siglo XVI, también mencionó tres categorías, nombrándolas de otra manera: cacique, nobles, plebeyos<sup>36</sup>. Las diferencias terminológicas de las dos fuentes podían ser objetivas y reflejar, de esta manera, las diferencias en la estructura social en varias partes de Cuba. Pero la aparición de tales diferencias en las fuentes podía tener un carácter subjetivo. Estas ideas de Oviedo sobre los estratos sociales de los indígenas de Cuba podían estar influenciadas por lo que él conocía de los aborígenes de Haití, cuya sociedad aparece en las fuentes más estratificada que la de los de Cuba. En los documentos de principios del siglo XVI a veces se mencionan en Cuba los «caciques principales». Se puede afirmar que esta categoría de los jefes no existía en Cuba, por cuanto las fuentes no dejaron las descripciones de que los caciques «principales» cubanos tenían un «séquito» grande, que los llevaban en andas, que tenían a su disposición a los jefes menores, que llevaban las insignias distintivas, todo lo que está invariablemente

---

<sup>34</sup> B. de las Casas, *Historia...*, t. 3, p. 159.

<sup>35</sup> B. de las Casas, *Apologética historia sumaria*, México, 1967, t. 1, p. 243.

<sup>36</sup> *Colección de documentos inéditos...*, Madrid, 1969, t. XI, p. 420; G. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851, t. 1, p. 499.

presente en las descripciones de los caciques «principales» o «mayores» de Haití. Por lo visto, los caciques «principales» de Cuba, mencionados en los documentos, eran jefes de las poblaciones más grandes, del tipo que I. Rouse logró distinguir arqueológicamente.

Hasta ahora, a nuestro modo de ver, no se han utilizado hasta el fin las posibilidades de estudiar las diferencias sociales partiendo del material arqueológico. Tomando en cuenta el nivel de pobreza relativa de los hallazgos arqueológicos, la atención tiene que dirigirse a las diferencias más mínimas. Podemos mencionar algunos ejemplos. En los entierros del asiento preagrícola de El Mango (provincia Granma) se encontraron numerosos objetos de valor. Junto a treinta o cuarenta esqueletos aparecieron —sobre todo en torno a la nuca, las muñecas y los tobillos— varios miles de cuentas hechas de las vértebras de los peces, de conchas, piedras y dientes de tiburón<sup>37</sup>.

Lamentablemente los materiales de este importante hallazgo están publicados fragmentariamente, y por ello no se puede juzgar sobre la estructura del montículo funerario. Con más destreza eran excavados e interpretados los enterramientos en la cueva del cayo Salinas, cerca de la costa norte de la provincia Sancti Spiritus, donde R. Herrera Fritot logró correlacionar la edad del difunto con el tamaño de una bola de piedra acompañante. Uno de los entierros que ocupaba la posición central contenía dos objetos más, también, parece ser, dedicados a una función ritual: llamadas «dagas líticas»<sup>38</sup>.

Todavía necesitan de una interpretación más completa las construcciones de tierra en el oriente de la isla, a las cuales, comparándolas con las de Haití y Puerto Rico, se asigna una función ritual. Son las plazoletas delimitadas por los cercados térreos. En Haití y Puerto Rico el carácter ceremonial de semejantes construcciones está probado. En Cuba estas construcciones todavía no se han excavado completamente. J. Guarch supuso que podían tener funciones irrigadoras<sup>39</sup>.

No está estudiada arqueológicamente la vivienda de los pobladores cubanos. Se conoce en rasgos generales por las fuentes escritas: en las Antillas estaban difundidas las viviendas del tipo de horcones con las paredes cubiertas con cañas. Se mencionan las casas pequeñas y muy grandes. Los arqueólogos, sin embargo, no encontraron los vestigios de las viviendas grandes.

De lo arriba expuesto es evidente que la solución de muchas cues-

<sup>37</sup> E. Tabío, *Prehistoria de Cuba*, p. 65; M. Rivero de la Calle, *Caguanes: nueva zona arqueológica de Cuba*. Santa Clara, 1960, pp. 33-34.

<sup>38</sup> R. Herrera Fritot, *Las bolas y las dagas líticas*. En: *Actas y documentos del I Congreso Histórico Municipal Interamericano*, La Habana, 1943, pp. 260-265.

<sup>39</sup> J. Guarch, *El taino de Cuba*, pp. 60-61.

ciones depende, en gran medida, de la presencia del material arqueológico original, porque es difícil esperar la obtención de nuevos datos de las fuentes escritas, aunque es posible su nueva o más completa interpretación. La deficiencia más grande de los materiales arqueológicos acumulados es que raras veces proceden de sitios completamente excavados. Partiendo de esto es difícil reconstruir con seguridad las relaciones espaciales y temporales dentro de los límites de un asentamiento (particularmente una población). Otra cara del mismo fenómeno es la edificación, a base de estos datos fragmentarios, de los esquemas generales del desarrollo cultural de una región dada o de las Antillas en su totalidad.

En cuanto al estudio de la esfera de la cultura espiritual, se puede completar con el análisis de las imágenes hechas en piedra, arcilla, concha, hueso y madera, relacionadas con las creencias religiosas. Se podría tratar de separar un grupo de imágenes repetidas e identificarlas con las deidades mencionadas en las fuentes escritas. Tal identificación sería difícil, ya que las fuentes conservaron sólo los nombres de los dioses de Haití. Pero de cualquier manera la clasificación formal previa sería útil precisamente para esclarecer las semejanzas y diferencias de las representaciones de una y otra isla. El primer paso sería la publicación de las figuras conocidas. En este sentido se ha hecho más en el estudio de las pinturas rupestres y de los petroglifos. Se han publicado libros y artículos sobre Cuba y otras islas<sup>40</sup>. En cuanto a la interpretación de los dibujos, hasta ahora el intento más interesante es el desarrollado sobre los signos de la cueva de Punta del Este, isla de Pinos, entre los cuales predominan los círculos de color rojo y negro que se explican como símbolos calendáricos<sup>41</sup>.

También de importancia es el problema de la determinación de la cantidad de habitantes de Cuba en el tiempo de los conquistadores, por cuanto el volumen de las cifras iniciales depende, en gran medida, de la valoración de la política colonial temprana de España en la isla. Trataban de establecerla basándose en los datos contenidos en las primeras fuentes escritas de la conquista y colonización. Hay que tener en cuenta que en la Cuba de aquel tiempo no se realizaban los censos de población, aunque en algunos documentos aparecen las cantidades de habitantes de una u otra aldea, o de los indios de algún que otro cacique entregados a tal o cual conquistador. Cifras globales existentes para toda la isla de mediados del siglo XVI no reflejan la

---

<sup>40</sup> A. Núñez Jiménez, *Cuevas y pictografías*, La Habana, 1967; ídem, *Cuba: Dibujos rupestres*; M. Veloz Maggiolo, Informe sobre una posible metodología para la interpretación y posible identificación de las pinturas rupestres antillanas, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, 1970, vol. V, pp. 317-340.

<sup>41</sup> F. Ortiz, *Las cuatro culturas indias de Cuba*, La Habana, 1953, pp. 125-126.

realidad porque no abarcan todos los poblados en los que los españoles tenían repartidos a los indígenas<sup>42</sup>. Cuando estos datos incompletos se tomaban por los investigadores contemporáneos como puntos de partida en sus cálculos, los resultados fueron muy contradictorios. El primer intento de establecer la cantidad de los habitantes de Cuba, a base de los datos arqueológicos de una región limitada y tomando en consideración los datos de las fuentes escritas, lo realizó I. Rouse. El número de los sitios tardíos se multiplicó por 100 (la cantidad supuesta de los moradores de una población)<sup>43</sup>. El demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva, utilizando un método parecido, intentó calcular la cantidad de toda la población de Cuba antes de la conquista y obtuvo poco más de 100.000 personas, de las cuales más del 90 por 100 eran agricultores de las comarcas orientales y centrales<sup>44</sup>.

Otro problema aparte está relacionado con el período de la conquista de la isla por los españoles y con la historia colonial. Los aspectos propiamente históricos (ocupación de la isla, la lucha de la población autóctona contra los conquistadores, etc.) tienen su reflejo en las obras de los historiadores<sup>45</sup>. En menor medida se tocaban o no se estudiaban de ninguna manera los aspectos étnicos de esta historia. De lo realizado en el pasado se puede mencionar un artículo de Felipe Pichardo Moya, donde pudo enlazar dos grupos de yacimientos indios con dos etnos: «taínos» del triángulo oriental Baracoa-Maisí-Santiago de Cuba, «siboneyes» del sur del Camagüey<sup>46</sup>. Un ejemplo de buena interpretación de los documentos lo da Carlos Zerquera en el artículo sobre la comunidad indígena de Trinidad<sup>47</sup>.

A mediados del siglo XVI, o sea, cuarenta años después de la conquista, en la isla se contaron 1.800 indios locales y 200 traídos de Tierra Firme. J. Pérez de la Riva supone con razón que unos cuantos miles más se escondían<sup>48</sup>. La causa de una desaparición rápida, casi completa, de los aborígenes está clara. Es principalmente el resultado del sistema de explotación, cuando el aborigen tenía que trabajar más y con más intensidad que antes (por eso muchos cronistas subrayaban la «pereza» de los isleños, apreciando su rendimiento laboral diario desde su propia mentalidad). Los contemporáneos destacaban que en las acciones militares perecieron muy pocos indios, mientras

<sup>42</sup> F. Pichardo Moya, *Los indios de Cuba en sus tiempos históricos*, La Habana, 1945, pp. 39-42.

<sup>43</sup> I. Rouse, *Archaeology...*, pp. 154-155.

<sup>44</sup> J. Pérez de la Riva, *Desaparición de la población indígena cubana*, *Universidad de La Habana*, 1972, núms. 196-197, pp. 61-84.

<sup>45</sup> O. Morales Patiño, *La rebeldía de los indocubanos*; J. Gastellanos, *Crónica...*

<sup>46</sup> F. Pichardo Moya, *Los indios de Cuba...*, p. 21.

<sup>47</sup> C. Zerquera y Fernández de Lara, *La villa india de Trinidad en el siglo XVJ*, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1977, núm. 2.

<sup>48</sup> J. Pérez de la Riva, *Desaparición...*, pp. 77-78.

que en tres-cuatro meses de trabajo en las minas perecieron 7.000 personas<sup>49</sup>.

Con el sistema de repartimiento el conquistador tenía los indígenas a su disposición, utilizando su trabajo como mejor le convenía (en las minas hasta ocho meses al año<sup>50</sup>). Un alejamiento tan largo del labrador imposibilitado de cuidar su huerta privaba al indio y su familia de la obtención de los alimentos necesarios. Además, el sistema de repartimiento no fijaba el indio a un solo dueño, ni tampoco preveía su traspaso a los herederos. En los documentos con frecuencia se mencionan los casos de cambio de dueño<sup>51</sup>. Eso tenía que aumentar la intensidad de la explotación. G. Fernández de Oviedo, hablando de las diferentes causas de la alta mortalidad de los isleños, escribía: «Dieron assí mismo gran causa a la muerte desta gente las mudanzas que los gobernadores e repartidores ficieron de estos indios; porque andando de amo en amo e de señor en señor, e passando los de un codicioso a otro mayor, todo esto fue unos aparejos e instrumentos evidentes para la total difinición desta gente». Oviedo relataba que además repartían a los indios a las personas que no vivían en las islas y los mayordomos de aquéllas obligaban a trabajar a los aborígenes doblemente, para ellos y para sus señores ausentes<sup>52</sup>.

La población india como un etnos definido dejó de existir en Cuba bastante pronto. Aun así, es indiscutible el aporte indígena sustancial a algunas esferas de la cultura de la población agrícola cubana: algunas de las plantas cultivadas, algunos métodos de trabajo agrícola, algunos modos de preparar los alimentos, etc. En la topo-, fito- y zoonimia de Cuba también existe una capa considerable india. F. Pichardo Moya decía en los años 40 que la toponimia cubana indicaba que la población aborígen no fue exterminada tan rápidamente<sup>53</sup>. Pero hasta ahora no está estudiado el mecanismo de la transmisión de esta herencia. Los pasos iniciales dados por F. Pichardo Moya en el estudio de la toponimia indígena de la isla no tuvieron el suficiente desarrollo. Haría falta empezar por la localización, a base de trabajos de campo, de los materiales publicados y de los de archivo, de las diferentes capas de la toponimia india. Este trabajo permitiría establecer la dinámica (cuantitativa y cualitativa) de la permanencia de tales topónimos. Con el material cubano se podría plantear una cuestión de índole general: ¿qué volumen de elementos y fenómenos toponímicos (más amplio, onomásticos y en general idiomáticos), y durante cuánto

<sup>49</sup> Nuevo Memorial de los agravios e sinrazones. *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, 2.ª serie, Madrid, 1891, t. 6, p. 8.

<sup>50</sup> *Ibid.*, t. 6, p. 184.

<sup>51</sup> *Ibid.*, t. 1, pp. 95, 111, 115, etc.

<sup>52</sup> G. Fernández de Oviedo, *Historia...*, pp. 71-72, 103, 106-107.

<sup>53</sup> F. Pichardo Moya, *Los indios de Cuba...*, p. 38.

tiempo, puede pasar de un etnos a otros con la desaparición ulterior del etnos donante?

El traspaso de los topónimos, como los fito- y zoonimos, tenía que realizarse cierto tiempo en forma oral y en las zonas rurales. Es interesante la suposición de F. Pichardo Moya de que los indios fugitivos que se escondían en los lugares inaccesibles se convirtieron en el núcleo de la población rural de Cuba<sup>54</sup>. Este problema merece un estudio más profundo.

Un aporte al estudio de la población autóctona del período colonial, particularmente en sus etapas tempranas, puede ser hecho por los arqueólogos, que ya desde los años 40 descubrieron los pueblos indios con vestigios de la influencia de la cultura española, así como los objetos indígenas en las capas urbanas del período colonial temprano<sup>55</sup>.

Una visión total de los problemas que plantea el estudio de la población indígena cubana nos muestra la necesidad de investigar a los descendientes de los antiguos indios que han sobrevivido en algunas zonas del occidente de Cuba. Ya han sido estudiados, y, lo que es más importante, han aparecido algunas publicaciones, aunque los trabajos de los antropólogos físicos son los más detallados<sup>56</sup>.

Una labor detallada sobre el carácter etnográfico no se ha hecho, quizás porque entre los especialistas prevalece la opinión de la semejanza de su cultura con la de sus vecinos. No se han publicado todavía los resultados de cortas visitas a estas regiones hechas por etnógrafos cubanos y soviéticos. Lo más deseable sería, por supuesto, un estudio complejo de la cultura material, del folklore, de las creencias religiosas, del idioma, etc., de este grupo para su ulterior análisis con vista a los problemas relacionados con las transformaciones étnicas y culturales.

Son bastante amplias las posibilidades de aplicación de la antropología física al estudio de los aborígenes cubanos. Investigaciones antropológicas, además de determinados materiales para fines específicos, pueden suministrar los criterios adicionales para la valoración de diferentes aspectos de la historia de la población indígena. Por ejemplo, V. Guinsburg llegó a la conclusión de que los preagricultores y agricultores de la isla pertenecían a variantes antropológicas diferentes del tipo suramericano<sup>57</sup>.

---

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>55</sup> O. Morales Patiño y R. Pérez de Acevedo, *El período...*; L. Domínguez, *La transculturación en Cuba*. En: *Cuba Arqueológica*, Santiago de Cuba, 1978.

<sup>56</sup> M. Rivero de la Calle, *Supervivencia de descendientes de indoamericanos en la zona de Yateras, Oriente*. En: *Cuba Arqueológica*, 1978; M. F. Pospisil, *Indian remnants from the Oriente province, Cuba*, Bratislava, 1976.

<sup>57</sup> V. Guinsburg, *op. cit.*, p. 202.

La historia de los indígenas de Cuba se divide en tres períodos que se distinguen tanto por el contenido de sus procesos y fenómenos como por la existencia de las fuentes que condicionan el conjunto de cuestiones a estudiar.

La época que precede a la aparición en la isla de los españoles puede ser estudiada preferentemente con los métodos arqueológicos, añadiendo las noticias de las fuentes escritas durante los primeros contactos entre aborígenes y españoles. El período de la conquista y colonización inicial se estudia básicamente con las fuentes escritas; es posible aplicar las evidencias arqueológicas provenientes de los poblados de contacto. Menos documentado por las fuentes es el período colonial de la población indígena de la isla cuando se llevaba a cabo la disolución definitiva del etnos aborígen. Es probable que no todas las fuentes de este período hayan sido sometidas a consideración científica (particularmente, los materiales de los archivos). Puede ser que todavía no estén agotadas todas las posibilidades de los estudios antropológicos y lingüísticos. Un estudio más complejo espera a los descendientes de los aborígenes que viven todavía en el oriente del país.